

Del buen salvaje al buen revolucionario (II)

Emeterio Gómez

EL UNIVERSAL, Sábado 14 de Enero de 1989

Hace un año ante la muerte de Carlos Rangel, escribimos un artículo con este título y quisiéramos asumir el compromiso íntimo de escribir uno igual cada año. Que para alguien que piensa permanentemente en la muerte es casi una invitación a apostar cuántos números romanos durará la vida. Pero es también una forma de comprender que, aunque no cumplamos nuestra promesa, Carlos Rangel nos acompañará por lo que nos queda de aliento.

La tristeza por su muerte ha estado, sin embargo, asociada durante este año a un recuerdo y a una reflexión profundamente desagradables. Por esos días, un amigo —que hasta ese momento lo fue— pertrechado con toda la bilis del mundo, odiando a Carlos hasta después de la muerte, deseoso de herir y, lo peor, creyendo saber qué es el mercado, aunque sólo tenía de él una visión grotesca, nos dijo: “no finjas que lamentas la muerte de Rangel, porque ella te beneficia mucho, tu precio de mercado subirá una barbaridad, ¿no es acaso ley fundamental de esa sociedad primitiva que tú y él propugnan, que cuando la oferta de un determinado producto disminuya, el precio suba?”. Y entre ponerme a la altura de su bajeza, pasarme la vida explicándole que esa es la visión que del mercado tienen los imbéciles y ahorrarme para siempre el tener que soportar su cara y su rictus rencoroso, opté por esto último.

Pero el daño ya estaba hecho, aquel miserable había logrado su objetivo, herir, y —en esos momentos intersticios que deja libre este querer pensar y actuar al mismo tiempo— me pasé el año reflexionando sobre Carlos y sobre el **precio de mercado de un intelectual** o de alguien que quiere serlo.

¿Cuánto vale un hombre que se dedique a pensar, en un ambiente donde esta actividad no esté muy difundida? Si se trata de alquilar la pluma —y en eso indudablemente estaba pensando mi ponzoñoso amigo— por supuesto que la situación más favorable, aunque ligeramente tétrica, es aquella en la que todos los demás se mueran. Pero si, por el contrario, de pensar en serio se trata, ¿qué difícil es hacerlo en un ambiente donde tal excentricidad a nadie le interesa! Qué difícil es intentar producir ideas, cuando nadie está en capacidad de decirte que estás equivocado y los pocos que pueden se quedan calladitos para que te estrelles. Que distinto sería estar en medio de una comunidad intelectual donde la polémica honesta te ayude a avanzar.

¿Cómo se ve afectado el pensamiento de un hombre firmemente decidido a defender un conjun-

to específico de ideas; —alguien para quien el razonamiento objetivo, imparcial y científico, no tiene mucho valor— cuando se muere el único connacional que, defendiendo aquella ideología, había alcanzado renombre mundial? ¿Cuánto más poderosos que la miserable competencia y la confrontación entre los hombres, pueden llegar a ser la solidaridad, la colaboración, la creación de un piso para los que vienen detrás, el viejo “pedestal común” del que hablaba Ortega y Gasset, o simplemente la eterna idea de “en la unión está la fuerza?”.

Y uno descubre, de repente, que el mercado es algo infinitamente más complejo que la competencia, que —lo mismo que a un hombre— a una empresa puede convenirle la presencia de otra que hace lo mismo, pero de mejor calidad. Porque ésta crea el mercado para que aquella pueda colocar su producto. Y descubre uno, en carne propia, lo que de verdad son externalidades o “economías externas positivas”, el beneficio que recibes de otro, sin que pagues nada por ello. Y el concepto de “economía de conglomerado”, el hecho de que entre dos o más empresas —u hombres— pueden producir una cantidad de bienes —o de ideas— muy superior a la sumatoria de lo que producirían por separado.

Descubres finalmente que antes de alcanzar cierto nivel de oferta, competir es una tontería. Que si en Venezuela hubiese muchos intelectuales, tal vez la mezquindad tendría algún sentido; pero que habiendo tan pocos, cada uno de ellos, y aun los que piensan muy distinto, tiene un valor infinito para los otros.

Pero Carlos, además del apoyo intelectual que potenciaba nuestro valor en el mercado de las ideas, representaba en cierta forma la satisfacción espiritual de tener un amigo cuyos libros eran leídos en los sitios más inimaginables y recónditos. Tuvimos la suerte y —¿por qué no confesarlo?— sentimos envidia, de oír pedazos del **Buen Salvaje al Buen Revolucionario**, en labios de una rancio aristócrata de Cali, de esos que hacen añorar los tiempos de la izquierda; y en boca de un modesto pulpero, en una fiesta miserable y ya avanzados los tragos, en un remoto suburbio de Masaya.

Hasta dentro de un año Carlos. Y si por uno de esos vericuetos de la vida o por alguno de los malditos instantes en los que todo pierde sentido, ya no estoy, ojalá que algún mutuo amigo tenga —para conmigo— la cortesía de recordarnos juntos.